

EXCLUSIVA  
PRIMER CAPÍTULO

Estrella



Oscura



DANIELLE ROLLINS

RBA

Estrella  
  
Oscura

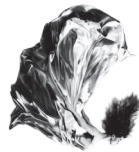
DANIELLE ROLLINS

Traducción de Ana Mata Buil

**RBA**

PARA TODOS LOS  
CIENTÍFICOS DE  
MI VIDA,  
PERO EN ESPECIAL  
PARA BILL  
ROLLINS,  
THOMAS VAN DE  
CASTLE Y RON  
WILLIAMS,  
POR AYUDARME A  
QUE PAREZCA QUE  
SÉ DE QUÉ HABLO.

# *Parte 1*



El teletransporte instantáneo o, dicho de otro modo, los viajes en el tiempo no pueden descartarse según nuestro conocimiento actual. Dichos viajes causarían enormes problemas lógicos, así que confiamos en que exista una Ley de Protección Cronológica, para evitar que la gente regrese al pasado y mate a nuestros padres.

STEPHEN HAWKING

# 1

## *Dorothy*

7 de junio de 1913, afueras de Seattle

**E**l cepillo resplandecía a la luz matutina. Era precioso. Hecho de caparazón de tortuga, con incrustaciones de nácar y cerdas que brillaban tanto como el oro auténtico. Muy superior al resto de baratijas desperdigadas por la mesa del tocador.

Dorothy fingió entretenerse con un hilo suelto de la manga, para que la peluquera no la mirase. Tal vez sacara cincuenta si lograba encontrar al comprador adecuado.

Se removió, se le acababa la paciencia. Mejor dicho, si tenía tiempo de encontrar al comprador adecuado. Ya pasaban de las nueve. Hoy parecía que el reloj no estaba de su parte.

Desplazó la mirada del cepillo al espejo de cuerpo entero que había apoyado contra la pared, delante de ella. Unos haces de luz se colaban por la ventana de la capilla, rebotaban en

el espejo y transformaban el ambiente del vestidor en algo brillante y polvoriento. Había vestidos de seda y delicados encajes que ondeaban en las perchas. Un trueno resonó a lo lejos, algo muy extraño. Casi nunca había tormentas en aquella parte del país.

Era una de las cosas que más aborrecía Dorothy de la Costa Oeste. Siempre estaba gris, pero nunca llegaba a descargar la lluvia.

La peluquera dudó, y miró a los ojos de Dorothy reflejados en el espejo.

—¿Le gusta, señora?

Dorothy inclinó la cabeza. Habían constreñido sus rizos castaños y los habían apesado en un moño muy femenino en la nuca. Parecía domada. Cosa que, supuso, era el propósito de todo aquello.

—Fabuloso —mintió.

La mujer mayor esbozó una sonrisa y su rostro desapareció en una maraña de arrugas y marcas de la edad. Dorothy no esperaba que se pusiera tan contenta. No pudo evitar sentirse culpable.

Fingió toser.

—¿Le importaría ir a buscarme agua?

—En absoluto, querida, ahora mismo.

La peluquera dejó el cepillo en la mesa y se retiró arrastrando los pies hasta el fondo de la sala, donde había una mesita con una jarra de cristal.

En cuanto la mujer le dio la espalda, Dorothy se metió el cepillo por la manga. El movimiento fue tan rápido y natural que cualquier persona que la hubiera mirado en ese momento se habría distraído con la hilera de delicados botones de perla

que remataban la veta de raso de la muñeca de Dorothy y no se habría percatado.

Dorothy dejó caer el brazo a un lado con una sonrisa furtiva en el rostro, ya se había olvidado de los remordimientos. Era indecoroso sentirse tan orgullosa de sí misma, pero no podía evitarlo. El giro de la mano había sido perfecto. Como tenía que ser. Había practicado de sobra.

Un tablón del suelo crujió a su espalda y una voz dijo:

—Por favor, déjenos un momento a solas, Marie.

La sonrisa de Dorothy se esfumó y todos los músculos de su cuerpo se tensaron, como si estuvieran unidos a unos tornillos que alguien fuera apretando poco a poco. La peluquera (Marie) se sobresaltó y se le cayó un hilillo de agua fuera del vaso.

—¡Ay! Señora Loretta. Perdóneme, no la he visto entrar.

Marie sonrió y asintió mientras otra mujer menuda, de mayor edad y vestida de un modo impecable, entraba en el vestidor. Dorothy apretó los dientes con tanta fuerza que empezó a dolerle la mandíbula. De pronto, le pareció que el cepillo sobresalía por debajo de la manga.

Loretta lucía un vestido negro recubierto con un delicado tul de encaje dorado. El cuello alto y las mangas largas le daban el aspecto de una araña muy elegante. Era un atuendo más propio de un funeral que de una boda.

Loretta mantuvo una expresión educada, pero el aire pareció espesarse a su alrededor, como si poseyera una gravedad propia. Marie dejó el vaso de agua en la mesa y se escabulló al pasillo. Aterrada, sin duda. Casi todas las personas se sentían aterradas ante la madre de Dorothy.

La muchacha estudió la mano tullida de su madre con el rabillo del ojo, intentando que no se notara. Esa mano era mu-

cho más pequeña de lo que debería ser, con unos dedos estropeados, marchitos, que se retorcían unos sobre otros igual que garras. Loretta se dejaba crecer demasiado las uñas y no le importaba que las puntas amarillearan. Es más, era como si quisiera potenciar la sensación de decadencia. Como si quisiera que la gente apartase la vista de su deformidad. Incluso a Dorothy le costaba mirar esa mano pequeña y tullida, y eso que Loretta era su madre. A esas alturas, ya debería estar acostumbrada.

Dorothy inclinó la cabeza y bajó las pestañas. Los nervios le recorrían la piel, por debajo de todo el raso y los volantes del vestido. Apretó los labios para dibujar una tímida sonrisa, sin hacer caso de esos nervios. Tenía mucha práctica en el arte de desoír sus sentimientos, llevaba sus dieciséis años de vida haciéndolo. Casi se había olvidado de para qué servían.

«La belleza desarma», pensó. Había sido la primera lección de su madre. La había pinchado y martirizado desde que tenía nueve años, le había apretado cada vez más el corsé, le había pellizcado las mejillas sin piedad hasta que adquirían un tono rosado.

—Madre —dijo en un arrullo mientras se acariciaba los rizos—. ¿A que me han dejado el pelo divino?

Loretta miró a su hija con frialdad y Dorothy sintió que le temblaba la sonrisa. Era una ingenua por intentar esos trucos con su madre, pero quería evitar una pelea a toda costa. Hoy ya iba a ser un día bastante difícil.

—Creía que tenías sed.

Loretta cogió el vaso de agua con la mano sana, le temblaban los dedos ajados por la edad. Otra persona podría pensar que le fallaban los músculos. Podría ofrecerse a ayudarla.



Dorothy sabía que no era así. Alargó el brazo para coger el vaso sin dudarlo. Irguió la columna. Esperaba ese momento, pero a pesar de todo no notó los dedos como garras de ave de la mano tullida de su madre cuando se deslizaron por la manga y sacaron el lujoso cepillo de su escondite.

Esa mano era el arma secreta de Loretta, tan grotesca que las personas evitaban mirarla directamente, tan pequeña y rápida que nadie notaba cómo se le acercaba a la chaqueta o se le metía en la cartera. Esa fue la segunda lección que enseñó Loretta a su hija. «La debilidad puede ser poderosa». La gente subestimaba las cosas dañadas.

Loretta soltó el cepillo encima de la mesa, con una ceja fina arqueada en medio de la frente. Dorothy modificó la expresión para que denotara una tremenda sorpresa.

—Pero ¿cómo puede haber llegado eso ahí? —preguntó, y tomó un sorbo de agua.

—¿Hace falta que registre el resto de tu cuerpo para asegurarme de que no se te ha colado ninguna otra cosa debajo del vestido sin darte cuenta?

Lo dijo con una voz apática que provocó un desagradable escalofrío en la columna de Dorothy. En esos momentos, llevaba un juego de ganzúas muy caras escondidas debajo del fajín de seda que le cubría la cintura, las había hurtado del cajón de la ropa interior de su madre antes de dirigirse a la iglesia. Dorothy podía permitirse perder el cepillo, pero necesitaba esas ganzúas.

Por suerte, Loretta no cumplió su amenaza. Levantó el velo de Dorothy del soporte en el que estaba, junto al espejo. Era largo y semitransparente, con una diminuta hilera de flores de seda cosidas alrededor de la corona. Dorothy se había pasado buena parte de la mañana fingiendo que ese velo no existía.

—¿En qué pensabas? —Loretta habló en la voz baja y comedida que solo empleaba cuando estaba furiosa de verdad—. ¿Cómo se te ocurre robar una cosa así, y unos minutos antes de tu boda? Ponte de pie, por favor.

Dorothy obedeció. Los faldones cayeron con elegancia sobre los tobillos y se arremolinaron junto a sus pies. Todavía no se había puesto los zapatos y, sin ellos, se sentía como una niña que se hubiera disfrazado con el vestido de novia de su madre. Lo cual era una sandez. Su madre nunca la había dejado jugar.

—¿Qué habríamos hecho si te hubieran descubierto? —continuó Loretta, mientras bajaba el velo para ponérselo en la cabeza a su hija y ajustaba las horquillas donde correspondía.

—No me ha visto nadie —dijo Dorothy. El afilado metal le acribilló el cuero cabelludo, pero no se quejó—. Nunca me ve nadie.

—Yo sí te he visto.

Dorothy apretó los labios para no discutir. Era imposible que su madre la hubiese visto robar el cepillo. Tal vez se lo hubiera imaginado, pero no había visto nada, imposible.

—Has puesto en peligro todo lo que hemos logrado gracias a tanto esfuerzo. Y todo por una tonta bagatela.

Loretta apretó aún más el fajín de la cintura de Dorothy. Esta notó que las ganzúas se movían dentro de su escondite.

Con esa «bagatela» habría pagado el billete de tren para salir de la ciudad. Habría podido estar bien lejos de aquel odioso lugar antes de que la ceremonia empezase siquiera.

Dorothy tragó saliva y apartó su decepción. Ya habría otras bagatelas. Otras oportunidades.

—Esto es horroroso —murmuró mientras señalaba una flor de seda del velo—. ¿Por qué se casa la gente con estas cosas?

—Este velo era de la madre de Charles.

Loretta deslizó otra horquilla puntiaguda en el pelo de su hija para ajustarle el velo con firmeza. Se refería al doctor Charles Avery. El prometido de Dorothy. La palabra todavía le provocaba náuseas. Las chicas como ella no estaban hechas para casarse.

Dorothy y su madre eran unas estafadoras natas. El año anterior por esas fechas se dedicaban a engañar a hombres fingiendo que querían contraer matrimonio. Era fácil ganarse la vida así. Loretta se limitaba a poner un anuncio por palabras en el periódico local, en el que decía que era una joven solitaria que buscaba mantener correspondencia con un hombre soltero, con vistas a contraer matrimonio. Luego, cuando las cartas empezaban a calar, enviaban al pobre incauto una fotografía de Dorothy, y este quedaba atrapado como un gusano en el anzuelo.

Al cabo de unos cuantos meses de cartas cada vez más tórridas y de promesas de amor verdadero, lo atraían con su red y le pedían dinero para comprar medicamentos contra el resfriado o para ir al médico por una torcedura en el tobillo. Después era un cheque para el ama de llaves, o unos cientos de centavos para un billete de tren con la esperanza de poder verse al fin.

Siempre tendían la trampa a varios hombres a la vez y se aseguraban de cortar el sedal a tiempo para soltarlos antes de que empezasen a sospechar. Entonces, Avery empezó a escribir y todo cambió.

Avery era rico, el nuevo cirujano en jefe asignado en el Centro Médico Providence de Seattle. Y le había propuesto matrimonio en cuanto había visto la fotografía de Dorothy: es pro-

bable que buscara una mujer de trofeo acorde con su flamante título nuevo. Loretta dijo que sería el golpe del siglo para ellas. Una boda. ¡Un matrimonio! Dijo que les cambiaría la vida. Podrían tener todo lo que habían deseado.

Dorothy dio vueltas al anillo de compromiso que llevaba en el dedo. Había dedicado su vida entera a aprender el arte de la estafa. No consistía únicamente en sonreír ante el espejo e inclinar la cabeza. Había practicado el juego de dedos hasta que le habían dado calambres en las manos, y había aprendido por sí misma a abrir un cerrojo con unos cuantos giros de la muñeca y cualquier cosa que encontrase por ahí para hurgar. Era capaz de detectar una mentira por la curva de la boca de una persona. Podía quitarle la alianza de bodas a un hombre mientras él le servía una bebida. Y ahora iban a venderla a alguien que se pasaría el resto de su vida diciéndole lo que tenía que hacer y adónde podía ir. Igual que había hecho siempre su madre. Era como si hubiesen compinchado los dos para asegurarse de que Dorothy no tomaría jamás una decisión por sí misma.

—Estás preciosa —dijo Loretta, y escudriñó a Dorothy entrecerrando los ojos. Ajustó el velo para que las flores de seda enmarcaran el rostro de su hija—. La novia perfecta.

Dorothy se irguió todavía más y las ganzúas cambiaron de posición, de modo que formaron un bulto en la parte posterior del vestido. No tenía intención alguna de casarse, por muy perfecta que pareciese su encarnación de la novia devota. Si su madre pensaba que iba a seguir con esa farsa, era una ingenua.

—Aún te falta una cosa.

Loretta sacó un objeto pequeño del bolsillo. Relució como el oro con la luz tenue del vestidor.

—El medallón de la abuela —murmuró Dorothy mientras Loretta le abrochaba la fina cadena alrededor del cuello.

Por un momento, se le olvidaron sus planes de fuga. El medallón era algo maravilloso, como salido de un cuento de hadas. Loretta se lo había arrancado del cuello a su madre justo antes de que la cruel mujer la echara de casa y permitiera que la joven vagase por las calles, embarazada y sin blanca. Por mucha hambre que hubiera pasado Loretta, nunca lo había empeñado.

Dorothy tocó el medallón con delicadeza con las yemas de los dedos. El oro era pálido y muy antiguo. En origen tenía una estampa grabada en la parte frontal, pero hacía tiempo que se había desgastado.

—¿Por qué me lo da justo ahora, madre?

—Para que te acuerdes.

Loretta le apretó los hombros a su hija. Sus ojos oscuros se habían estrechado.

A Dorothy no le hacía falta preguntar qué se suponía que debía recordar. El medallón era un recordatorio infalible. De cómo las madres eran crueles a veces. De por qué no se podía confiar en el amor. De por qué una chica solo podía contar con las cosas que era capaz de robar.

«Pero tal vez no sea así —le susurró una voz interior—. Tal vez haya algo más».

Sus dedos inmóviles sujetaron el frío metal. Nunca había sido capaz de dar nombre a esa sensación, pero en ocasiones la inquietaba y la dejaba extrañamente vacía. Ni siquiera estaba segura de qué era lo que quería en concreto. ¡Solo más!

Más que hombres y vestidos y dinero. Más que la vida de su madre. Más que eso.

En realidad, era una tontería. Un deseo vergonzoso. ¿Quién era ella para pensar que había algo más que aquello?

—Casi es la hora. —Loretta estiró de nuevo el fajín del vestido de Dorothy. Unió los dos extremos con una lazada—. Será mejor que vaya a tomar asiento.

A Dorothy habían empezado a sudarle las manos.

—La próxima vez que hablemos, seré una mujer casada —dijo confiando con cada respiración que eso no fuera cierto.

Loretta se alejó por el pasillo sin decir ni una palabra más, y cerró la puerta al salir. El cerrojo se colocó en su sitio con un rotundo ruido e hizo saltar a Dorothy. Durante un rato, se quedó allí plantada.

No le pilló desprevenida que su madre la encerrase. Loretta Densmore no era la clase de mujer que corría riesgos, y mucho menos cuando se trataba de sus posesiones más valiosas. Tenía sentido que mantuviera a su hija (su posesión más valiosa, claro) cerrada con siete llaves hasta que el resto del cortejo nupcial fuera a recogerla. Loretta era pragmática. No iba a dejar algo tan importante en manos del azar.

Dorothy se removió en busca de las ganzúas que tenía escondidas debajo del fajín, pero sus dedos no encontraron más que encaje y seda, y el borde de tejido rígido del corsé.

—No —dijo buscando de forma cada vez más frenética—. No, no, no...

Hundió las uñas en el encaje hasta que oyó que algo se rasgaba. Pero si estaban ahí... Repasó los últimos momentos con su madre. Cómo había sonreído Loretta hacia el espejo. Cómo le había recolocado el fajín del vestido de novia.

Los dedos de Dorothy se quedaron petrificados. Seguro que su madre había deslizado esa terrorífica mano tullida por

debajo del fajín y le había robado su plan de fuga. Inspiró, y el aire que inhaló fue como una cuchilla que se le clavara en el esternón. No podía ir a ninguna parte.

Dorothy vio su reflejo en el espejo: los ojos y los labios maquillados y los rizos recogidos en el moño. Le habían hecho el vestido a medida; el encaje estaba bordado a mano por metros y era tan delicado como una tela de araña, con pedrería y perlas de agua dulce incrustadas que captaban la luz cada vez que se movía. Se había pasado la vida entera aprendiendo a moldear la verdad y a estirar las mentiras. Pero su propia belleza era la mayor mentira de todas. Nunca la había pedido. Nunca la había querido. No tenía nada que ver con la mujer que anhelaba ser. De momento, lo único que le había proporcionado había sido dolor.

La repugnancia torció la boca de Dorothy y transformó su cara en algo que resultaba ligeramente feo. Se arrancó el velo del pelo. Algunas horquillas se le enredaron en los rizos y otras cayeron al suelo. El pelo se desparramó sobre su frente, encrespado y despeinado.

Dorothy sonrió. Por primera vez en toda la mañana, sintió que su aspecto exterior encajaba con el interior. Entonces, dirigió la mirada hacia las horquillas en el suelo y se quedó petrificada.

«Horquillas».

Se arrodilló y recogió una, la puso a la luz. Era larga, delgada y puntiaguda. Intentó doblarla entre los dedos. También era fuerte. Probablemente de plata auténtica.

Torció los labios. Le irían de maravilla.

EXCLUSIVA  
PRIMER CAPÍTULO

*Cuando  
Dorothy y Ash  
se encuentran,  
saltan chispas.*

UNA ESTAFADORA  
CARADURA.

UN PILOTO CON  
CARÁCTER.

UN FUTURO  
EN RUINAS.

¿QUÉ PODRÍA  
SALIR MAL?



[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

RBA MOLINO